

# EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

A todos nuestros favorecedores y lectores deseamos un feliz año nuevo.

## LA NOCHE BUENA DEL TÍO ANDRÉS

Con qué poco se contenta un pobre! Al tío Andrés y á sus hijos se les preparaba una «noche-buena» muy buena y feliz.

Digo «noche-buena» muy buena, porque hay también muchas «noche-buenas» muy malas.

Era el año pasado.

El tío Andrés hacía un mes que había perdido á su esposa, y otro tanto hacía también que sus hijos habían perdido á su madre.

El tío Andrés, acostumbrado á ir toda su vida al campo, y entrado ya en años, con la muerte de su mujer se quedó medio tonto.

Una tristeza mortal se apoderó de aquella casa.

Desde entonces él tenía que encender el fuego por las mañanas, vestir á los chicos, hacerles el almuerzo, cosas que no había hecho nunca.

Por más que el pobre se afanaba cuanto podía, aquellos chicos iban mal. Vestían de luto sus cuerpecitos, pero era mucho más negro el luto que vestían sus almas.

El tío Andrés discurría y se rompía la cabeza, pero no hallaba solución, todo se le presentaba negro.

Su mujer era el sol de aquella casa, que toda la alegraba con su luz: vino la muerte, sopló sobre aquel sol, y como quien apaga una candela se apagó aquella luz, quedando todo á oscuras.

Y el caso es que venía «noche-buena». ¡Qué diferencia del año anterior! ¡Cuántos primores no habría hecho su mujer con cuatro higos, cuatro castañas, unas pocas nueces y un puñao de azúcar! ¡Qué noche más triste les esperaba!

Porque en casa no había nada, y dineros el jornal del día. Y así aquella semana y la otra y siempre: desnudicos los chicos, muertecicos de hambre, heladicos de frío, ¿qué hacer?

Si los pudiera meter en el hospicio, él solicitaría entrar en el Asilo del Amparo.

¡Pero si no conocía á nadie! ¡Ah, si hubiera sido su mujer! Aquella mujer no se encogía por nada; todo se lo encontraba hecho, porque tenía palabras, y con su honradez no le importaba entrar donde entraran otras. Pero el tío Andrés, ¡bien! antes se moría en un rincón de su cocina de frío y hambre que pedir á nadie nada.

Era muy encogido, y cuando iba á pedir un favor le parecía como si robase. Pero no había remedio; era preciso perder la vergüenza: sus hijos iban á morir de miseria, y su mujer, desde el otro mundo,

parecía que le *urgaba* en las entrañas y no le dejaba descansar para que hiciese las veces de madre con sus hijos.

El día 24 de Diciembre, por la tarde, salió el tío Andrés de su casa, de aquella casa que se le venía encima, y se fué por indicación de un amigo á ver á un diputado de la Comisión provincial.

—¿Qué quiere V., dijo un criado?

—¿Está el señor? quería verle.

El criado pasó aviso, y al poco rato el tío Andrés estaba de pie, con la gorra en la mano y con el mayor respeto, delante del señor diputado.

El respeto por una parte, la turbación por otra, y el dolor por fin, hicieron un nudo tan fuerte en la garganta del tío Andrés, que le ahogaba por momentos, sin dejarle articular una palabra. No pudiendo hablar, el tío Andrés rompió á llorar como un niño; si no llora no sé lo que le pasa.

Entonces, dominado por la vergüenza y la turbación, se dejó caer en una silla sin esperar que se lo indicase el señor; colocó los codos sobre las rodillas, cubrió su rostro con las manos, y en esta actitud permaneció, hasta que las palabras del diputado vinieron á serenar su turbado espíritu. El de la Comisión se persuadió pronto que tenía delante un hombre de bien, sobre todo un hombre honrado.

Los buenos corazones mutuamente se atraen y fácilmente se entienden.

Al poco rato se estableció entre los dos la conversación más cordial y aún diría fraternal del mundo.

Se enteró el señor diputado de las modestísimas pretensiones del tío Andrés, que eran meter á sus chicos en el hospicio y á él en el Amparo, y le prometió que antes de ocho días lo tendría conseguido.

Al despedirse, el bueno del señor le alargó la mano al tío Andrés, diciendo:

—Tome V., para que cene bien esta noche con sus chicos.

Y dejó deslizar al mismo tiempo, sobre la mano rugosa del pobre hombre, dos monedas de veinte reales que le hicieron saltar otra vez las lágrimas de agradecimiento.

Bajaba el tío Andrés calle abajo, que casi no se le veían los pies de aprisa que les daba sobre el asfalto de las aceras.

Le bailaba la alegría en el cuerpo, le brincaba el corazón de gozo, y hasta su mujer parece que le hacía cosquillas de regocijo allá en un rincón, el más calentico de su conciencia.

—Hijos míos, dijo llamando á todos apenas hubo pisado los umbrales de su casa, somos felices; una alma buena, un cristiano de verdad, sin conocerme ni nada, me ha *dao* estos cuarenta reales.

Los chicos abrieron desmesuradamente los ojos, no creyendo tanta dicha.

—Y aún hay más, añadió; tenemos ya *todos* colocación; ya no *nos* moriremos de hambre, hijos míos. A *vosotros* os meterán en el hospicio y á mi en el Amparo, en donde estaremos tan ricamente. *Vosotros* aprendieris un oficio, y á mi me han *dao* pa-

labra que me dejarán *verus to* los domingos.

Con que ¿qué más queremos?

Esta noche le hemos de rezar lo primero á la madre, que en paz descansa, una parte de Rosario, porque de seguro que la pobrecica habrá pedido desde el otro mundo *pa* que todo me saliera tan bien. *Paice* que hablaba la misma; si no era yo: no sé dónde me salieron tantas palabras: por fuerza que la pobrecica me *ditaba* al oído.

Tarea le doy al que se empeñase en pintar la alegría de la casa del tío Andrés.

¿Y todo por qué?

¡Ah, sí! porque había podido conseguir una plaza para él en el Amparo, y cuatro en el hospicio para sus cuatro chicos.

BRISTÁN.

## LA MUÑECA

En una noche de Enero una niña pordiosera, con los pies casi desnudos, con las manecitas yertas, cubriendo, á modo de manto, con su falda la cabeza, y sin temor á la lluvia que más cada vez arrecia, contempla, extasiada y triste, el interior de una tienda que por su gusto en juguetes es en Madrid la primera.

—¿Qué haces aquí? le pregunta,

con voz desabrida y seca, un dependiente, empujando á la niña hasta la acera.

—¡Déjeme usted! ¡Si es que estaba mirando aquella muñeca!

—¡Vaya! Retirate pronto y deja libre la puerta.

—Dígame usted. ¿Cuesta mucho?

—¿Quieres marcharte, chicuela?

—¿Será muy cara, verdad?

¡Lo que es como yo pudiera!...

—¡El demonio de la chica!

¿Pues no quiere comprar ella?...

Lárgate á pedir limosna

y déjate de simplezas.

La muñeca que te gusta

vale un duro, conque ¡fuera!

Marchóse la pobre niña

ocultando su tristeza.

En vano pide limosna...

Ninguno escucha sus quejas...

Y desfallecida y débil

cruza calles y plazuelas

recordando en su amargura

la tentadora muñeca...

—¡Caballero, una limosna

á esta pobrecita huérfana!

—Déjame, que voy de prisa.

—¡Por Dios, señor! ¡Aunque sea

un centimito!... ¡Tengo hambre!...

—¡Pobre niña! ¡Me da pena!

Toma.

—¡Señor! ¡Si es un duro!

—Te lo doy para que puedas, siquiera por esta noche, tener buena cama y cena.  
 —¡Déjeme usted que le bese la mano!  
 —Quita, tontuela.  
 —¡Que Dios se lo pague á usted!  
 ¡Un duro!... ¡Estoy más contenta!...  
 ¿No será falso, verdad?  
 —¡Cómo, muchacha! ¿Tú piensas?  
 —No, señor... perdone usted...  
 Pero... ¡vamos! la sorpresa...  
 ¡Si voy á volverme loca de alegría!... ¡Quién dijera!...  
 ¡Que Dios le premie en el mundo y le dé la gloria eterna!  
 Y apretando entre sus manos convulsivas la moneda, corrió por la calle abajo veloz como una saeta.  
 A la mañana siguiente se comentaba en la prensa el hecho de haberse hallado en el quicio de una puerta, ¡el cadáver de una niña abrazado á una muñeca!

VITAL AZA.

## BIENAVENTURADOS LOS POBRES

—Yo creo, Sr. Camora, que más fácil es conformarse uno cuando tiene mucho que no cuando tiene poco.

—Así parece y así debía ser, pero no es; y sinó mira lo que pasa, aunque no todo se ve; pero es aforismo corriente, "el que más tiene más quiere,".

Debía el hombre, efectivamente, estar más contento y ser mejor cuando Dios le dá más bienes temporales, pero en la práctica vemos que sucede, por regla general, todo lo contrario, y cuanto más prospera uno, se hace más ambicioso, más malo y más desgraciado.

—¿Más desgraciado dice V.?

—Mas desgraciado.

—No lo comprendo.

—Pues es muy sencillo; el hombre es tanto mas desgraciado, cuanto más le falta para ser feliz, y tanto más le falta para ser feliz cuanto más necesita para estar contento; y como *el que más tiene, más quiere*, resulta, que el que más tiene, más necesita para estar contento y para ser feliz. Un pobre obrero, como tú, no desea más que tener que comer para él, su mujer y sus hijos, y cuatro ó cinco duros en el cofre; con eso se consideraría feliz.

—Ya lo creo.

—Pues poco te falta; y un rico que tiene millones, no está contento, quiere más millones, luego nada menos que millones le faltan para estar contento; luego es un desgraciado que está muy lejos de la felicidad, porque los millones no se consiguen *así así*.

—Parece que se explica V. bien, pero no me convence.

Probaremos otro argumento. Dime, si yo te doy un duro para que, el domingo, vayas con tu mujer y tus hijos á comer un gallo á donde se te antoje, ¿no es verdad que pasarías un día feliz?

—¡Ya lo creo! ¡y que no se pondría poco contenta mi costillita! ¿pues y mis hijos? ¡no triscarían y correrían poco por aquellos campos!

—Pues mira, con un duro te hago feliz á tí y á tu mujer y á tus hijos; pero si ese duro se lo ofrezco á un ricachón, me miraría de alto á bajo, con olímpico desprecio y mirándome después de lado, dirá, si creerá este hombre que me va á sacar de

apuros con un duro. Y tiene razón. ¡Si fuera un millón!

—Es verdad, es verdad. Pero mire usted, yo creo que si yo fuera rico, aunque no tuviera más que cuatro ó cinco mil duros, me había de conformar, había de ser feliz y había de ser mejor que lo que soy porque daría muchas limosnas.

—Puede ser, porque algunos lo han hecho así y lo hacen, pero *avis rara*.

—¿Cómo, qué?

—Que son muy pocos los que tienen tanta virtud.

—¡Vaya una virtud!, el que tiene es el que da, que el que no tiene no puede dar.

—Y sin embargo, vemos que sucede todo lo contrario, que el que más tiene, por regla general, da menos, y el que tiene menos, da más, por eso se dice que *cuanto más pobre más generoso*; claro está que es con relación á lo que tienen, es decir que un pobre que no tiene más que dos pedazos de pan y da uno á otro pobre, le da más que un rico que le alarga un duro, si tiene diez mil de renta, porque el primero ha dado el cincuenta por ciento de su renta, y el otro uno por diez mil.

—Claro, pero siempre resultará cierto, que el que tiene es el que da.

—Cierto que si no tiene absolutamente nada, qué ha de dar, *lo que somos en este mundo*. Pero ¿quién es el pobre que no pueda encontrar otro más pobre que él, á quien poder dar siquiera un consejo, un consuelo?

—Lo que es eso, sí.

—Pues eso, á veces, vale más que lo otro.

—Pero diga V., Sr. Camora, ¿es usted pobre ó rico? y perdone la intromisión porque no lo digo por mal.

—Soy rico, gracias á Dios.

—¡Toma, toma! por eso encuentra tan fácil el conformarse; ¡vaya una gracia! eso lo hace cualquiera; teniendo mucho dinero...

—Es que yo no he dicho que tengo mucho dinero, si lo tuviera regularmente no me conformaría.

—Pues no acaba de decir que es rico.

—Sí, hombre, sí; pero no de dinero, sino de conformidad; ¿no te dije el otro día que era la mayor riqueza?

—Hombre, ¡me da V. cada petardo!

—Pues ahora te voy á dar otro mejor.

—A ver.

—Toma.

—¿Qué es eso?

—El duro que te he ofrecido para que vayas mañana á merendar con tus hijos y tu costillita.

—Pero ¿era de veras?

—Y sinó lo es, qué más da. Aunque no soy rico tengo un duro para contentarte; lo que no tengo bastante es para contentar á un rico.

—Es V. el hombre mejor que hay en el mundo.

—¡Ojalá!

GAMORA.

## ¿QUÉ HAY DE CRISIS?

En cierta ocasión llegó á Madrid un señorito de pueblo, el cual, teniendo en la corte algunos parientes de viso, quiso desde luego visitarlo y verlo todo, é introducirse en los círculos que, allá en su aldea, resonaban con tanto prestigio y tan sonoramente.

Uno de los sitios á que quiso principalmente ser llevado fué al salón de Conferencias del Congreso.

Le facilitó la entrada uno de sus parientes, y el señorito se iba por allí todas las tardes, muy bien vestido, porque era rico, y con grandes deseos de entablar amistades, ó por lo menos trato con los personajes principales y secundarios del teatro político.

El mismo pariente lo presentó á varias personas de las que habitualmente concurren al salón, y con esto el señorito que no era corto de genio, creyó que tenía de sobra para coger el cabo de aquellas relaciones y amistades, que, bien aprovechadas, han puesto á tantos en candelero.

Pero á la semana de andar por el salón, notó el señorito que no adelantaba un paso hacia la satisfacción de sus deseos. Nadie le hacía caso; los mismos á quienes estaba presentado por su pariente, no bien cambiaban con él el saludo y cuatro palabras salían huyendo hacia otro sitio, dejándole plantado con cuatro palmas de narices.

El señorito se fué á su pariente y se quejó con amargura de aquellos descortesces proceder. «Yo no sé cómo, dijo,—se hacen las amistades en ese dichoso salón; en todas partes han triunfado hasta ahora mi poca vergüenza y mi mucha labia; pero éste, por lo visto, es campo de maniobras muy distinto de los que yo frecuenté hasta hoy. ¿Es acaso que me conocen que soy un paleta?»

—Nada de eso—contestó el pariente, y aunque te lo conocieran, no sería ningún obstáculo. Lo que hay es que tú ignoras la frase sacramental para ingerirte en las conversaciones de aquellos señores. En el salón no sirve de nada estar presentado á nadie; allí todos los que entran pueden hablarse y aún disputar entre sí, aunque no se hayan visto en la vida. Lo que únicamente hace falta es pronunciar la frase hiératica, frase que revela la iniciación en los misterios en la política.

—Y ¿qué frase es esa?—preguntó el señorito de pueblo en el colmo de la curiosidad.

—Pues es esta: *¿Qué hay de crisis?* Cuando tú quieras entablar conversación con alguien en el salón de Conferencias, no te preocupe la idea de si le conoces ó no le conoces, de si te han presentado á dicha persona ó no te han presentado. Te vas derecho al individuo, como los buenos matadores al toro; te plantas delante de él con aire tranquilo, sonriendo, y en seguida, sin darle las buenas tardes, ni preguntarle por su salud, pues todos estos cumplimientos huelen allí á palettería, le sueltas la frase: *¿Qué hay de crisis?*

—Pero—preguntó el señorito—¿y si no hay nada de crisis?

El pariente soltó la carcajada, y dijo:

—Mira, chico, vuélvete á tu pueblo; porque tú sabes tanto de política como yo de hinchar perros. ¿Cuándo, en qué ocasión has visto tú que no

hayanada de crisis? De crisis siempre hay algo, y aun mucho. En nuestro sistema político la crisis es lo normal.

Los gobiernos marchan de crisis en crisis; por la crisis nacen, por la crisis mueren, por la crisis ó por las crisis se sostienen y van tirando. Quítale tú á los presidentes del Consejo de ministros la facultad de provocar crisis, y han perdido toda su autoridad. Quítale tú á la corona la prerrogativa de resolver las crisis, y ya no tiene ninguna prerrogativa. Quítale al Parlamento el ser el lugar en que suelen nacer, producirse y acabarse las crisis, y ya no hay Parlamento. Quítale á los políticos la esperanza en la próxima crisis y ya no existe quien se dedique á la política. Quítale al sistema constitucional el ser semillero de crisis, y se acabó el sistema. La crisis es, pues, la base y fundamento de todo el mecanismo gubernamental; todo es producto de la crisis, y todo se endereza á la crisis.

El señorito reflexionó, y no le pareció mal lo que acababa de indicarle su pariente. Así que al otro día puso en práctica su consejo, y en cuanto entró en el salón de Conferencias, paró al primero que pasaba, y le preguntó:

—¿Qué hay de crisis?

—¿Qué quiere V. que haya?—respondió el interrogado. Y se puso á charlar, y siguió charlando dos horas no sin que acudieran muchos otros, y formaran compacto corro alrededor de los interlocutores.

Y así todas las tardes. El señorito de pueblo es hoy uno de los que más bullen en el salón de Conferencias. Y tiene el gusto de ver reproducidas sus opiniones y sus palabras muchas veces en las últimas horas de los periódicos de la noche con la muletilla preliminar é indispensable de: *Se decía esta tarde en el salón de Conferencias que...*

Y aquí seguía lo dicho por el señorito.

L. D.

## AL PUEBLO

### I.

*Algunas advertencias para empezar*

Dejando á un lado prejuicios de escuela, procediendo en nuestros ratos de conversacion, con la buena fé y recto sentir con que deben siempre proceder las personas honradas, las que aman el bien por el bien mismo, espero, pueblo amigo, que tú y yo pronto lleguemos á entendernos; espero que la justicia, la razón, el derecho, quedarán triunfantes una vez más de las malas artes, de la sinrazón, de los escandalosos atropellos de quienes, enténdelo bien, sólo te buscan como medio para satisfacer bastardas ambiciones, abandonándote después por *materia inservible*, si es que no se acuerdan de tí para cruzarte la cara con el látigo de la tiranía despótica ó de la más cruel indiferencia á tus necesidades cual si fueras un esclavo de los tiempos del paganismo.

¡Un esclavo! A esto quedaba reducido el hombre pobre en las sociedades paganas, tú bien lo sabes. Es más, al esclavo no se le consideraba entonces ni siquiera como hombre, sinó como cosa creada por los dioses para el servicio de los hombres libres, para diversion en los circos, para saciar la *Sed de sangre* que padecían los poderosos, los sibaritas. El amo que mataba á su esclavo por inservible ó porque *le daba la gana* no cometía delito, hacía perfecto uso de su derecho, deshaciéndose de lo que le molestaba. Tales eran las sociedades donde la influencia de la Religión cristiana no se dejaba sentir.

A esta horrible situación del hombre esclavo que acabo de recordarte, pretenden volverte, ¡oh pueblo querido! todos esos adinerados que en nada tienen las máximas del Evangelio, toda esa camarilla de políticos de ocasión, ambiciosos é incrédulos, todos esos escritores que buscando *únicamente* su medio de vivir, adulan tus pasiones, te azuzan al crimen, al escándalo, al atropello á que acabes con la Religión de Cristo, es decir, con la que te hizo libre y feliz.

Probado está, más que con la elocuencia de los razonamientos con la fuerza persuasiva de los hechos, que el pueblo regido cristianamente ha vivido siempre próspero y dichoso.

¿Por qué pues, así luchas contra lo que es tu salvación, contra sus santos varones que afanosos de tu bien se esfuerzan en encauzarte por el verdadero camino, y defendiendo con ardoroso empuje lo que te arruina, lo que no te ha de dar ni un momento feliz siquiera?

Sí, es cierto: sabido es que la mayor parte de las veces obras inconscientemente, engañado por infames explotadores que con su palabra y su pluma te hacen ver males donde hay bienes y bienes donde hay males.

También es sabido que en bastantes ocasiones no eres tú el desbordado, sinó esa canalla, abonada al presidio, que encubriéndose hipócritamente con tu nombre, comete los más repugnantes crímenes.

Se cuerdo, pueblo querido, piensa mejor, ratiocina con fundamento, no te precipites en tus deseos. Antes de obrar dedícate á conocer bien quiénes son tus amigos, y quiénes son tus enemigos; lo que pretenden de tí unos y otros; con qué fin te pretenden y cuáles son los frutos que has de recoger.

Hadlo así; no sirvas más de *gran recurso* para fines maléficis; no seas más escabel de desordenadas ambiciones...

Continuaremos en otra ocasión; hoy no quiero entretenerte más, tienes que ir á ganar honradamente «El Pan nuestro de cada día». Vé con Dios.

*Perfecto Amigo*

## LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA EN FRANCIA

La inícuca persecución religiosa en Francia está dando lugar por parte de los católicos, á sucesos verdaderamente hermosos, edificantes.

Las manifestaciones de adhesión á los Prelados al ser estos violentamente expulsados de sus palacios por orden del gobierno francés, esclavo de las logías y de los judíos, son tan numerosas é imponentes que el mismo gobierno sectario tiembla y parece como que ya le pesa el avance.

A propósito de estas expulsiones

conviene advertir que no es cierto, como describen y pintan «Los Sucesos», y otros periódicos de la cuerda anticlerical, en su afán de desprestigiar al clero por todos los medios imaginables, que *el señor Obispo de Nancy al abandonar su palacio, haya agredido á un agente*. De este hecho dice un diario francés:

«Mons. Turinac *hace desmentir* la noticia divulgada por los diarios de París y provincias de que él haya *abofetado á un agente de policía*. Lo que hizo fué sacar á una mujer de entre las manos del agente, que la maltrataba, y reprocharle su conducta. El incidente terminó en eso. No ha habido proceso verbal ni aún siquiera denuncia.

El público aplaude la conducta del Obispo.

Mons. Turinac está resuelto á perseguir á los diarios que se han hecho eco de esta noticia, y principalmente á *L'Étoile de l'Est*, por su artículo *Schisme episcopal*.

Merece consignarse aquí para que se vea que *aún hay fé en Israel*, el grandioso acto de adhesión al Cardenal Richard, Arzobispo de París, al ser arrojado de su palacio.

Una multitud de más de 20.000 católicos testimonió con sus vivas y sus aplausos su adhesión firmísima al venerable anciano, víctima de los odios sectarios.

El Cardenal Richard, al ver que no se encontraba solo en aquel trance angustioso, sinó que el pueblo fiel le acompañaba, no pudo disimular su emoción profunda.

Gran trabajo le costó llegar hasta el carruaje que le aguardaba. La apiñada multitud pugnaba por besar su anillo y recibir sus bendiciones.

El coche intentó ponerse en marcha, pero los caballos no podían moverse en medio de aquella imponente masa humana que enloquecía gritando: ¡Viva la Religión! ¡Viva la libertad! ¡Viva el Cardenal Richard! ¡Abajo la canalla! ¡Nos defenderemos hasta morir!

La juventud católica, entusiasmada desenganchó los caballos, y la berlina cardenalicia fué llevada por las principales calles de París hasta la nueva residencia del Prelado.

De una casa á otra, la multitud católica fué aumentando y seguía al coche entonando el *Credo*, el *Parce Domine* y el *Magnificat*.

Al frente de esta imponente manifestación iban los generales Cathelineau, Charrete Savnier, el Duque de Rohan, el Conde de Maille, académicos, almirantes, diputados, etc.

Al llegar á la nueva residencia el Prelado, llorando, bendijo á la inmensa multitud arrodillada.

Luego los católicos, vitoreándole siempre, desfilaron ante él por el gran parque de su nueva residencia.

El desfile duró más de dos horas, lo que da idea del número de manifestantes.

La multitud arrastró al Coadjutor

Amette hasta la iglesia de San Francisco de Javier para que diese á todos la bendición con el Santísimo, como lo hizo.

Fué un acto imponente, que ha dejado anonadado al Gobierno, que esperaba que los católicos no se enterarían de la expulsión del Cardenal hasta después de verificada.

*Resultado final.* — Un importante periódico inglés, ante los atropellos de que son víctimas los católicos en Francia, escribe estas frases que encierran una terrible verdad.

«Francia será precipitada en los abismos de la irreligión, de donde salen generaciones, no de hombres libres sino de libertinos; no de patriotas, sino de egoístas.

### ECHALE UN GALGO

No hay que darle vueltas. Esos tesoreros socialistas están de vena.

A cada triquitraque, cuando los cándidos socialistas han escotado buen número de cuotas y echan los hígados cantando la *Internacional*, sale el tesorero barbián con una fuga intempestiva y se larga con los cuartos de todos, echando chispas y sin que los cantores logren ver ni las alpargatas del aprovechado cofrade.

Hace pocos días decía un periódico al dar cuenta de la fuga de un tesorero socialista de Munich «ya estamos aburridos de tantas escapatorias.»

Aún no se habrá gastado el fugitivo de Munich ni la décima parte de lo que pescó y ya nos salen con que de Pedroja (Alicante) se ha largado otro cajero socialista.

Con que de Pedroja ¿eh?

Y el *vivo* se llama nada menos que Angel, Angel Martinez Solá. ¡Pobre Angelito!

¿Por qué no tendrán en cuenta los compañeros socialistas aquella saludable advertencia que *El Socialista* de Madrid, les hacía pocos días ha?

«El pueblo obrero—decía—no debe hacer caso de farsantes, aunque estos se denominen socialistas, republicanos ó anarquistas. Los farsantes no tienen ideas y sólo se proponen vivirengañando á los cándidos ó buscando entre ellos fama para que la burguesía los cotice á buen precio.»

### VENGANZA CATÓLICA

Víctima del odio sectario, ofendido en sus sentimientos religiosos, el coronel Covilleau, residente en Marsella, tuvo hace poco que pedir su retiro, convencido de que no podría conseguir los justos ascensos debidos á sus méritos y servicios.

A este propósito relata *La Semana Religiosa*, de Toulouse, el siguiente suceso:

«Entre los enfermos del Hospital

militar que diariamente visitaba el coronel Covilleau, prodigándoles consuelos y cuidados, figuraba un oficial que poco antes confesó entre sollozos que él era autor de la denuncia que había venido á cortar su brillante carrera, por lo que le suplicaba le perdonase antes de que compareciese ante el tribunal de Dios. Así lo hizo de corazón el cristiano coronel.»

### ANTICLERICALES DE OROPEL

En uno de los ridículos mitins femeninos que andan celebrando los sectarios, y de los que dan cuenta *El Liberal* y el *Heraldo* bajo el epígrafe de «Las señoras liberales», se levantó la compañera Cipriana Ferreira, según cuenta el mismo *Heraldo*, y preguntó que por qué los prohombres liberales, es decir, Canalejas, Moret, don Bernabé Dávila, etc., etc., no hacen que sus familias asistan á esas reuniones, cuando los prohombres oscurantistas no tienen ningún inconveniente en que sus familias asistan á las reuniones católicas.

He aquí una pregunta que, á nuestro juicio, revela sentido común en esa señora Cipriana Ferreira.

Y que no sabemos cómo podrán contestar satisfactoriamente los prohombres liberales.

Pero aún remachó más el clavo doña Cipriana, diciendo que los prohombres liberales llevan sus hijos á la doctrina en vez de llevarlos á las escuelas laicas.

¡Ay! ¡Ay!... Que á los prohombres liberales no convienen muchas doñas Ciprianas Ferreira.

Porque les descubre demasiado el juego.

### Declaraciones del Dr. Fleury de Cloyes respecto á Lourdes

Contestando á las noticias insidiosas de la prensa sectaria, respecto á los peligros que la presencia de tantos enfermos ofrece en Lourdes, dice el doctor Fleury de Cloyes:

«Conozco muy bien á Lourdes, y me consta que allí se observan todas las reglas de la higiene; pudiendo asegurar que desde el punto de vista médico, Lourdes es muy beneficioso; y de ello tengo una prueba en mi familia; pues cuando mi hijo, de veintinueve años, tenía cuatro, fué desahuciado por los once médicos que le vieron y que eran profesores eminentes; y sin embargo, conducido á Lourdes se curó casi repentinamente, siguiendo despues la profesión de su padre, que hoy ejerce, y recordando siempre con gratitud su milagrosa curación.»

### UNA COSA ES PREDICAR.....

Vosotros, queridos obreros, conocéis bien á D. José Nakens, el director de *El Motín*, el hombre que á pesar de su honradez, según los que le tratan, se pasó la vida calumniando á los curas, á los frailes, á la Iglesia, en una palabra, el hombre que por encubridor del anarquista *Morral*, está en la cárcel; pues bien, Nakens

en su prisión ha visto compañeros de desgracia hambrientos, desnudos, descalzos, gente toda que mueve á lástima y condolido de ello (al menos se ve que tiene buen fondo) ¿qué hace? ¿Dirigirse á sus correligionarios los anticlericales para que, siendo como dicen ellos que son la mar de filántropos y buenos, hagan algo en favor de tanto dolor? ¿Para que contribuyan con sus muchos miles de pesetas á aliviar la miseria de los penados? Nada de eso. Bien convencido debía de estar Nakens de que los suyos no tienen mas que *pico y lágrimas de cocodrilo*, cuando tomando la pluma escribe una carta á una señora cristianísima, clerical, (tirana y zafia como diría un anticlerical cualquiera) la marquesa de Squilache, cuya carta empieza así: «Señora, alejado del mundo en que vivís, sólo se de vos que sois piadosa. Sirva esto de disculpa á lo que voy á deciros.»

Y á renglón seguido intercede de ella haga algo en favor de los penados que da pena verlos sufrir, pidiéndole una limosna para sus necesidades.

En verdad que esto no necesita comentarios y por lo mismo sólo con un pensamiento que leímos en cierto libro de un conocido anticlerical, vamos á terminar:

«Mientras nosotros los anticlericales nos pasamos la vida calumniando á los clericales, y haciendo todo el mal que podemos, los clericales trabajan silenciosos, sin tregua ni descanso, en aliviar las miserias y dolores de su prójimo, amigo ó enemigo.»

### «El Amigo del Pobre»

#### Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100	cada quincena	5 pts. al mes.
120 núms. (60 por quincena)	3 » al »	
80 » (40 » » )	2 » al »	
40 » (20 » » )	1 » al »	
20 » (10 » » )	0'50 al »	

Incluidos gastos de correo, sin certificar.

Agradeceríamos mucho á nuestros favorecedores efectuasen los pagos por adelantado.

Repartíendose esta publicación por cárceles, tabernas y otros sitios públicos, advertimos á los señores que se suscriban, que si no quieren recibir más que un número dejando los demás que les correspondan para que los distribuyamos nosotros, serán religiosamente cumplidos sus deseos, para lo cual contamos con activos corresponsales.

Los encargos y suscripciones de la localidad en el comercio «La Epoca», San Bernardo, 23.

La correspondencia de provincias dirijase al Director de «El Amigo del Pobre» Gijón.